

FRAN. Sí, estás muy mala, pero yo quiero una respuesta. ¿A qué casa ibas cuando yo te creía en San-Gosme? No tienes hermana, no tienes amigas, ninguno te conoce ¿De dónde vinieron esas flores, ese brazalete, tus trajes?

MAR. Perdón, Pancho mío.

FRAN. Me has engañado; has engañado á mi madre; me has mentido a todas horas, á cada instante. Tú conocías mi vida, y yo no sab a nada de la tuya. Nada, ni aún tu nombre; porque supongo que no es tuyo el que llevas. ¡Ah! la mentirosa, la embustera..... ¡Tenía razón Ocaranza! Todas las mujeres son mentirosas.

MAR. ¡Dios mío! que me muero.

FRAN. (*Asiéndola de las manos*). ¡Oh! no, no te morirás sin responderme. Primero, ¿de qué te mueres? ¿Por qué? ¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes? ¿Qué has venido á hacer en mi camino? Pero habla, pues, habla, dime cualquier cosa. (*La sacude*).

MAR. (*Besándole las manos muchas veces*). Perdón, perdón, (*Cae al suelo y no se mueve*).

FRAN. (*Se inclina á verla, y levantándose espantado*). ¡Socorro! ¡Socorro!

ESCENA XVI

Los Mismos, JOAQUIN OCARANZA.

FRAN. ¡Ocaranza! (*Se arroja en sus brazos*). ¡Ay! amigo mío..... ¡Muerta en el misterio! Muerta en la mentira. La pierdo para siempre y no sé quien es.

OCAR. (*Virando á María tendida, la cabeza sobre el sillón*). ¿Eso? ¿Eso? es mi mujer!

TELON

XOCHICALCO.

A mi estimado amigo Manuel V. Preciado.

Entre las ruinas que más poderosamente han llamado la atención de los sabios arqueólogos en México, se encuentra el monumento megalítico que el Barón de Humboldt designó con el nombre de *Atrincheramiento militar de Xochicalco*. Está situado á 25 kilómetros de Cuernavaca, en la cima de un collado de 100 metros de alto sobre su base, y de 1300 sobre el nivel del mar. En torno de la colina hay cerros de mayor altura, entre los cuales está el *Colotepetl* (cerro del Alacrán ó de la Torcedura), y en la falda de uno de ellos está situado el humilde pobló de Tetlama, cuyos moradores son acaso los últimos y degenerados vástagos de la poderosa raza que hace siglos dominaba soberana en aquella comarca.

Desde la cima donde se halla el monumento se divisa al Sur la riquísima y feraz campiña en que tienen su asiento los pueblos de Mazatepec, Tetecala, Cuate-

figuras humanas, hay otras pequeñas de animales, como conejos (*tochtli*), aves (*tototl*), y zorras (*oztoa*). Los naturales designan á estas últimas con el nombre de *tlalcoyotl*. En la parte superior del lado del Poniente y á la derecha de la escalinata, hay un guerrero sentado á la oriental, cubierto con un gran penacho, y cuyas facciones son del más perfecto tipo europeo.

En el lado del Norte se distingue, aunque con dificultad, la gran serpiente bífida que, en opinión del Sr. A. Chavero, representa á Quetzalcoatl. La figura que representa á *Tonacatecutli* ó sea el Sol, y que se encuentra sobre una de las ondulaciones de la culebra, está muy deteriorada. Sin las descripciones del Sr. Chavero, que nos han servido de guía para examinar el monumento, no habiéramos podido distinguir estas figuras. Debemos advertir que los datos ó informes que haya tenido á la vista nuestro ilustre arqueólogo para hacer la topografía del monumento, no son del todo exactos, pues no es cierto que la escalinata se encuentre en el lado oriental sino en el opuesto, y por consiguiente cambia también la posición de los lados Norte y Sur. La misma falta de exactitud se observa, como veremos después, en la descripción del subterráneo principal.

En torno de la pirámide y en la parte superior, se encuentran en desorden muchas piedras de las que formaban el edificio, entre las cuales se ha descubierto

últimamente una que se cree haber sido la piedra del sacrificio, ó sea el *techcatl* en que se inmolaban las víctimas. De las piedras que allí faltan para reconstruir el edificio, unas fueron conducidas en el siglo pasado á la hacienda de Miacatlan para construir las hornillas de la casa de calderas, segun dice el P. Alzate, y otras fueron utilizadas por la misma hacienda hace pocos años para la formación de una presa.

En una de las colinas inmediatas á la en que se encuentran las ruinas, se descubrió últimamente por el Dr. Antonio Peñafiel una preciosísima piedra epigráfica, cuyos jeroglíficos pueden ser la clave con que se descifre el enigma que encierran aquellas ruinas. A esta piedra se le ha dado el nombre de Seler, en honor del ilustre arqueólogo alemán que trajo en su compañía el Dr. Peñafiel cuando hizo su excursión á Xochicalco.

Pasemos á los subterráneos.

En los flancos del cerro y con rumbo diverso hay siete cuevas ó grutas artificiales, pero las de mayor importancia son tres, que hemos visitado algunas veces, y la conocida con el nombre de *Cueva de los Amates*, que está situada cerca del riachuelo que lame la falda meridional de la colina.

Como á 190.^m del lado Oeste del monumento, y con un descenso como de 30.^m, en el flanco que mira al Norte, está el primer subterráneo, cavado en toda su

extensión en la roca caliza de que está formado el cerro. La entrada, cuyo cerramiento es angular, tiene 1.^m 75 de alto, y 1.^m 30 de ancho, y da paso á una galería de 2.^m de anchura y de 19 de longitud con dirección Norte-Sur. Después de los primeros 8.^m se levanta el suelo en rápida pendiente, en la que están labrados unos escalones que se hicieron para facilitar la entrada á la emperatriz Carlota. Al fin de la pendiente, y á la derecha, se entra á un espacio cuadrado, de 5.^m cuyas paredes están cubiertas con una argamasa amarillenta y grasosa y el techo abovedado y de 3.^m de altura. En el ángulo Noroeste hay un cañón de 6.^m de alto y 2.50 de diámetro, que se va estrechando hasta 0.50 rematando en un agujero que está tapado con dos grandes piedras escuadradas. A este cañón le han dado el nombre de chimenea.

Saliendo de este lugar y retrocediendo por la pendiente, á los 6.^m y á la derecha, hay un arco donde comienza un pasillo muy estrecho con dirección Noroeste-Suroeste, de 9.^m de largo y 1 de ancho, y con el techo muy irregular é inclinándose hasta llegar á 0.^m 70 de altura. Pasada con dificultad esta galería, se entra á otra de 3.^m de alto por 2 de ancho y 12 de largo, con el mismo rumbo, que termina en una pequeña curva, cuya cuerda va de Este á Oeste, y que da entrada á un gran salón con longitud de 26.^m, 9 de ancho, 2.50 de alto, y su eje longitudinal del Sureste al Noroeste. La

bóveda de este salón es casi plana y está sostenida por 4 pilares de 2.^m 50 por lado, de piedras escuadradas y unidas con argamasa amarilla, grasosa y blanda. En un ángulo de este salón hay otra *chimenea* ó respiradero, de 2.^m de diámetro en la base, que se estrecha hasta llegar á 0.^m 50 en el orificio, donde arranca un tubo del mismo diámetro, formado de mampostería, y cuya longitud se pierde en la oscuridad. Los indígenas de Tetlama aseguran que en algunos días del año (deben ser los en que pasa el sol por el zenit) penetra el sol por aquella chimenea y alumbra melancólicamente aquel lugar. Por esta circunstancia le han dado á este subterráneo el nombre de *Gruta del Sol*. En una de las visitas que hemos hecho á Xochicalco mandamos encender una hoguera al pié de la chimenea y logramos ver salir el humo un poco más abajo de la explanada en que están las ruinas. En nuestra última excursión fijamos la posición del agujero por donde salió el humo, y encontramos que dista de la escalinata de las ruinas 140.^m con dirección Norte 34 Oeste. El color rojo que se dice tenían las paredes y bóvedas del hipogeo conocido por *Gruta del Sol*, ha desaparecido totalmente, pues en los lugares en que se conserva el estuco, presentan un color amarillento y á veces negruzco.

A la izquierda de la salida de esta gruta y como á 6.^m, hay otro agujero, que mira también al Norte, muy estrecho, casi obstruido por los derrumbes, por donde

se entra á una galería de 16.^m de largo y 2 de ancho, que conduce á un salón de forma irregular, de 6.^m en dirección Norte-Sur, y de 9.^m 50 de Este á Oeste, por 2.50 de altura. A distancia de 5.^m de la entrada á la galería, á la derecha y á flor de tierra, hay un agujero irregular, por donde se entra á otra galería de 7.^m de Este á Oeste, que se bifurca en dos pequeñas salas que corren de Norte á Sur y que unidas miden 17.^m por 5 de ancho y 2 de altura. A esta gruta le llaman de los *Javalíes*, porque unos exploradores encontraron en ella una manada de estos animales.

Debajo de la segunda rampa, y como á 100.^m del monumento, está el del tercer subterráneo. La entrada de Norte á Sur, de 1.^m de alto, está hecha en forma de arco, y da paso con dificultad á una galería de 6.^m de largo por 2 de ancho, en cuyo fondo y á la izquierda hay otra entrada á un salón que corre de Oeste á Este, de 23.^m de largo, 9.50 de ancho y 2.50 de altura. La bóveda casi plana está apilarada como una mina. No hay vestigio de estuco en las paredes. El suelo está lleno de escombros. En el ángulo Noroeste hay una puerta de construcción moderna y tapada recientemente con mampostería. A la derecha de esta puerta y en el fondo del salón, hay una cueva de 5.^m de diámetro y 3.50 de altura, con el suelo muy limpio, como si estuviera barrido. En este lugar el ambiente es muy fresco.

Después de explorar estos subterráneos y al contem-

plar las masas paralelipédas de la pirámide, un mudo asombro sobrecoje al visitante, que no se explica cómo un pueblo que desconocía el hierro y la pólvora pudo llevar á cabo una obra tan portentosa.

Desde el P. Alzate en 1777 hasta el Dr. Peñafiel (*) en 1887, una pléyade de sabios, entre los que se cuentan Humboldt, Dupaix, Orozco, Nebel, Bancroft y Bárcena han visitado ó estudiado este monumento, pero en vano han interrogado á aquella silenciosa esfinge para descifrar sus misteriosos enigmas. (**) Apenas sí el sabio Sr. Chavero, Edipo afortunado, le ha arrancado algunos de sus secretos, y nos los ha revelado en su grande obra *Historia antigua*, que forma el primer tomo de la que se está editando con

(*) El Sr. Dr. Antonio Peñafiel, Director general de la Estadística de la República, hizo una excursión científica á las ruinas de Xochicalco, en los últimos días del año de 1887. Lo acompañaron en su viaje el arqueólogo alemán M. Seler, la esposa de éste, que refleja toda la ciencia de su consorte, el ingeniero D. José Segura y el pintor Carrales. Seis ó siete días no interrumpidos permanecieron en la cima del cerro, abrigándose de la intemperie en una barraca que improvisaron con el auxilio de los indígenas de Tetlama. El vigilante del monumento, D. Jesús Moreno Flores, que reside en Miacatlán, prestó á los excursionistas interesantes servicios en la exploración. El resultado de ésta fue muy satisfactorio: se levantaron planos topográficos; se tomaron vistas al lápiz del conjunto del monumento desde diversos puntos; se moldaron todos los relieves; se dibujaron todas las piedras y se copiaron todos los jeroglíficos. A su paso por esta ciudad me hizo el honor el Sr. Dr. Peñafiel de mostrarme el precioso *álbum* que habia formado en su excursión y me quedé admirado de la riquísima cosecha que habia hecho y que será uno de los materiales más valiosos para la obra que se propone publicar sobre los *Monumentos Aztecas*.

(**) El Sr. D. Leopoldo Batres hizo una excursión á Xochicalco en 1886 en la que lo acompañamos, por encargo del Señor Gobernador del Estado, el ingeniero D. Agustín H. Gutiérrez y yo. Después de que el joven arqueólogo examinó los grandes relieves y misteriosos signos del monumento, exclamó: "*He leído en estas piedras como en un libro abierto.*" Esta frase me hizo concebir la esperanza de que el Sr. Batres descorrería al mundo científico el velo que oculta el origen y objeto del monumento; pero desgraciadamente no ha publicado hasta ahora lo que en aquella ocasión haya leído.

el nombre de *México á través de los siglos*. Según este sabio historiador, los nahoas, formando la teocracia de Petela en Didjaza, sincrónica de la de Zammá en la península maya, de la de Votán en la región quiché y de la de Xelhua en el país de los vixtoti y acaso en todo el Tanmoachán, cerraron las tierras con una cadena de obras fuertes, y una de ellas, por el lado Sur, era la de *Xochicalco*, que se consideraba como la llave de la serie de montañas del actual Estado de Guerrero, murallas inexpugnables formadas por la naturaleza. El nombre de *Xochicalco* no fué el primitivo, se lo impusieron los mexicanos. Como vieron primorosamente esculpidos sus muros de piedra, llamaronla *casa de flores*, pues eso quiere decir *Xochicalco*. (***) Asegura el Sr. Chavero que el lado occidental (ya hemos hecho saber que se llama occidental al oriental) no estuvo labrado en un principio como correspondiente al que ocupaba la escalera, ó que, si lo estuvo, fué relabrado y esculpido de nuevo por los mexicanos. El solo hecho de ser anterior á los mexicanos esta fortaleza, nos sirve de fundamento para reputarla muy antigua. Pero hay más: el Sr. Chavero reputa sincrónicas las pirámides de *Xochicalco*, *Teotihuacán* y *Cholóllan*, y agrega que los vixtoti, que fueron los que levantaron las dos últimas, llegaron de su peregrinación del Sur en el año 955 ántes de nues-

(***) *Xochicalco* se compone de *xochitl*, flor; *calli*, casa, y *co*, en: en la casa de las flores.

tra era. De todos modos, los exploradores de *Xochicalco* pueden exclamar ante ese monumento, plagiando á Napoleón: *¡Treinta siglos nos están mirando!*

“Guardaba la fortaleza la frontera—dice el Sr. Chavero—y al mismo tiempo una gran ciudad que á su amparo se levantaba y de la cual quedan vestigios (*rumbo á Miacatlán hay cimientos y otras huellas*). Eran las casas muros bajos de tierra ó madera y grandes techos inclinados cubiertos de palma, con un portal delante de cada casa sostenido por horcones de madera Aun cuando aquel pueblo debió ser agrícola, pues los terrenos son de los más ricos y productivos del país, tenemos que considerarlo más bien como una colonia militar avanzada en la frontera para defensa del suelo patrio. En la ciudad, pues, hubo de existir la pirámide, sostén del cuartel de las armas.”

Para explicar esta última aseveración, refiere el Sr. Chavero, que cuando Cortés iba de camino á las Hibueras dió con un pueblo grande y nuevo y fortificado, fuera del cual había en unas peñas muy altas, pirámides de piedras labradas á mano con grandes mampuestos que servían de fortaleza á la población. Visitada aquella plaza fuerte por Cortés, la halló sola y abandonada, y en medio de ella una casa grande llena de lanzas, arcos, flechas y otras armas; lo cual dependía de que era costumbre de aquellos pueblos que se depositasen las armas en un cuarto situado en el centro

de la ciudad, de donde iban á tomarlas los guerreros en caso de combate. Despues de esta explicación agrega el Sr. Chavero, que podemos figurarnos el cuartel en el centro de la ciudad de Xochicalco, y á poca distancia de él el palacio y el templo, pues cree, que el monumento venía á ser á la par veneradísimo santuario y ciudadela inexpugnable.

Profanos en la ciencia de la arqueología é incapaces de formular una apreciación ó una conjetura sobre el origen y significación de tan grandioso monumento, nos hemos limitado á describirlo tal cual hoy se encuentra, para que las personas competentes puedan hacer algunas comparaciones, y para que las ignorantes vislumbren la grandeza de nuestros antepasados que se oculta bajo aquellas piedras, sin que lo sospeche el que las contempla.

No omitiremos una circunstancia de nuestra visita á las ruinas en la excursión que hizo el Sr. Gobernador, Gral. Jesús H. Preciado, en 1885, y que influyó poderosamente en nuestra imaginación. Señalado el dia de la visita, el diligente é ilustrado vigilante del monumento, D. Jesús Moreno Flores y el espléndido administrador de lá hacienda de Miacatlán, D. Sixto Sarmina, hicieron grandes preparativos para facilitar la exploración y para disminuir las fatigas de la caravana en aquellos ásperos y calidísimos lugares, y el primero de estos señores tuvo la feliz idea de colocar sobre

el monumento á unos indios que hacían gemir las *chirimías* y que arrancaban lúgubres sonidos al *teponaxtli*. Aquellas melancólicas notas nos hicieron retroceder á las edades pasadas, y vimos hormiguar en las faldas de aquellos cerros á los millares de esclavos que, urgidos por el látigo del fanatismo, habían levantado aquellas titánicas obras: vimos al sacerdote arrancando el corazón de sus víctimas y arrojándolo en el asqueroso *cuauhxicalli*; oímos los sordos lamentos de éstas, y las vimos rodar por la escalinata hasta llegar á los piés de la multitud que las destrozaba.

Cuernavaca, 1888.

CECILIO A. ROBELO.